

Boquitas pintadas: narración y sentido*

Lo primero que llama la atención en la obra de Puig es la enorme distancia entre la cuidada elaboración literaria y la medianía, la casi inanidad del mundo de los personajes representados. Mundo inferior, inimportante, y hasta ininteresante. Personajes comunes, oscuros, grises. Lo cotidiano o común (lo *humilis* en el sentido de bajo y sin valor) como centro único de la atención del novelista. Rechazo consciente de lo interesante o de lo infrecuente, lo raro, lo no cotidiano, que ha sido y fue durante siglos la materia novelable; en cambio aquí interés por lo repetido y común, lo gris, lo anodino. Lo extraordinario (tema central de la novela caballescica y, antes, de la novela bizantina, con sus viajes, sus personajes apresados por piratas, vendidos como esclavos, amenazados por terribles desventuras y que debían hacer largos periplos que duraban a veces varias décadas por el mar y por lejanísimas tierras), ahora aparece reemplazado devorado por la aburrida inanidad de lo *basso*. Ni lo extraño, ni la atracción por lo raro o lo maravilloso, ni lo inalcanzable por nivel social, ni lo elevado (reyes, nobles, princesas). Tampoco lo extraordinario porque es infrecuente o no podemos saber de ello (el mundo de la mafia es un mundo bajo desde el punto de vista moral pero atractivo por distinto y porque corresponde a una de las esferas menos conocidas, más secretas del poder real en ciertas sociedades). Rechazo también de los mundos relacionados con otras formas del poder (lo político, lo social, lo económico); o los poderosos por el éxito. Todo esto ha sido radiado, eliminado conscientemente de esta epopeya de lo cursi, lo cotidiano y lo pobre.

La riqueza y variedad de los puntos de vista, de estilos y modos de narrar, contrasta con la pobreza existencial de los personajes, con su mediocridad, sus vidas oscuras y rutinarias, deshechos humanos que apenas si aspiran a sobrevivir; jamás a triunfar o a ascender. De aquí, de esta rutina cotidianeidad, nace el uso de la grabadora, de la transcripción sin elaboración literaria del material utilizado, lenguaje cotidiano que reproduce —a veces sin cambio alguno— el idiolecto de cada personaje. Uno de los efectos paródicos más reiterados nace de esta transcripción, a primera vista no

* Las citas remiten a Manuel Puig, *Boquitas pintadas*, 14ª edición, Buenos Aires: Sudamericana, 1974. La primera edición es de 1968.

elaborada, del habla de los personajes de Puig. Hay algo de exageración en esto, y de esa exageración nace uno de los efectos más usados por el autor: hacer de los defectos, virtud. Esas transcripciones del lenguaje de la clase baja funcionarán en distintos niveles y con distintas valoraciones en la obra. Por una parte desencadenarán la risa entre los lectores de la clase media alta, que detectarán de inmediato los errores de sintaxis, de gramática o de buen gusto, que en muchos casos lo son porque han sido ellos los que legitimaron dichos usos y condenaron los que todavía perviven en los otros niveles de esa misma sociedad. Cuando el habla del bolero (vocabulario, usos estilísticos, cursilería, romanticismo trasnochado) aparece en las cartas de *Boquitas*, o en fórmulas amorosas, todos sonreímos. ¿Pero quiénes somos *todos*...? Hay un supuesto en esta autotitulada literatura popular y está referido al público que va a leerla. Ese público debe ser de un nivel social y cultural superior al de los personajes que ocupan el espacio de sus aventuras... Es ese público el que sonreirá con numerosas referencias irónicas, con el uso constante de la parodia, con los epígrafes de letras de tango, con lo cursi, lo ridículo y lo humorístico que nace de ciertas inocentadas que definen niveles sociales y culturales muy claros y determinados. No es el oyente asiduo de radioteatros, él podrá distinguir conscientemente cómo Puig apela a las fórmulas del género para hacernos reír; no es un habitante de Coronel Vallejos el que podrá darse cuenta de la verdadera enajenación que producía entonces el cinematógrafo en esos aburridos y rutinarios habitantes del pueblo, para quienes el cine de Hollywood se erigía en el único escape posible a la inanidad de una vida constantemente atada a la costumbre y el hábito. Somos nosotros, los que podemos recordar muchos de los tics y recursos del radioteatro, los que podemos también leer con una sonrisa comprensiva estas páginas donde, otra vez, esos recursos son usados ahora con intención irónica y paródica reinsertados en un contexto distinto y nuevo. Hay aquí una ambigua situación que combina la ironía y la risa frente a la tontería de *los de abajo*, y a la vez la conciencia de que muchas de sus fórmulas nos pertenecen. Al reírnos de las tonterías de los personajes, sabemos, ineludiblemente, que estamos riéndonos también de nosotros mismos.

A la vez, esas fórmulas lingüísticas de bajo nivel cultural, el bolero, el tango y sus inocentadas, el habla de todos los días (que puede muy bien ser situada cronológicamente, y que por una expresa voluntad del autor se caracteriza históricamente con bastante exactitud), asumen valor literario, muestran que pueden servir para la construcción de una obra literaria con valores propios.

Rechazar entonces el falso calificativo de «literatura popular» o de folletín, dedicada a *Boquitas*. La novela no es ninguna de las dos cosas, ni un folletín, ni «literatura popular». La materia, los rótulos («entregas»), la división del relato, pueden engañar a un observador ingenuo. La realidad concreta de la obra (lenguaje, intenciones estéticas, técnica narrativa) prueban —sin dudas— que Puig ha empleado esos rótulos, también, con intención irónica. Son un guiño al lector inteligente, el que de inmediato se dará cuenta de que Puig está jugando con palabras que no apuntan exactamente

a su significación previa. Yo diría que son formas de la complicidad entre lectores y narrador; entre lectores y *scriptos*...

Lo que sí debe aceptar sin más es que el público que leerá a Puig es un público de clase media, en el que los valores burgueses siguen imperando como a comienzos de siglo; un público con otros intereses rechazaría esta temática... Hasta aquí funcionan los aspectos de «revival» de toda esta literatura, en la que una cierta forma de la nostalgia, de recordación y rememoración emotiva de cierto pasado es uno de los aderezos indispensables de la obra... Rememoración, entonces, que mezcla cariño e ironía, nostalgia y sátira, comprensión y carcajada, parodia y sentimentalismo. Hay una doble actitud del narrador y de los lectores, que supone un fondo compartido de tipo sentimental (un pasado común, vivenciado de modo homogéneo) y a la vez la posibilidad de un distanciamiento, que nos permite sonreír y hasta reírnos comprensivamente de la tontería, el primitivismo, la rusticidad concreta de los personajes, sus valoraciones, actitudes, reacciones, fobias, amores. Somos parte de ese mundo, pero parte consciente de sus limitaciones, de sus infantilismos, de sus miserias y de la terca permanencia de muchos de sus valores en el fondo de nosotros mismos, porque, de alguna manera, somos sus herederos y ellos pertenecen a nuestros ascendientes. Resulta muy difícil contemplar de modo absolutamente negativo a nuestros progenitores... y muchos de los valores que afirman los habitantes de Coronel Vallejos los hemos practicado (o nos han sido inculcados a nosotros mismos) en algún momento de nuestra existencia. Por lo menos, hemos estado sujetos a sus normas en algún momento de nuestra vida... Por eso están internalizados en nosotros, lectores, y no podemos rechazarlos absolutamente sin negar una parte sustancial de nosotros mismos. Ésta es la razón por la cual esta literatura, una vez sobrepasado el umbral de la estructura narrativa, que es sorprendente, rica y variada, y que obliga, como veremos, a una verdadera participación del lector para darle sentido y aún completar sus significados (obliga a una verdadera participación y complicidad del lector, sin lo cual es imposible), nos retrotrae a un mundo paternal, familiar, en el que se confunden nuestros recuerdos infantiles (y quien esto escribe es nacido en 1930), con lo que leímos y escuchamos decir a nuestros padres y abuelos. Por tanto sumergirse en este mundo de ayer supone para quien lee desde una perspectiva connacional con Puig, una vuelta al ayer, cargada de una ineludible emotividad, de un marcado autobiografismo. Como evoca un pasado ya lejano, al que hemos conocido por los recuerdos propios o lo que escuchamos contar a nuestros progenitores o a nuestros abuelos, un tinte de pasado inasible, perdido casi para siempre, nos inunda en ese espacio del corazón que vibra y tiembla como ante una tarde de la infancia o de la adolescencia; esta es la razón de su poder evocador y sentimental. Recreación inteligente de nuestro pasado infantil, de los tics, valores, errores, emociones, ambiciones, apetencias, limitaciones, ilusiones, mentiras, hipocresías que dominaron y modelaron ese pretérito. Y ese pretérito —es de alguna manera— el nuestro. Puig evoca los 30 y los 40, y da a luz una literatura poderosamente estructurada a nivel formal y lingüís-